

Cuando llegáis por mar vuestro pecho se ensancha, creéis ver una poesía bucólica, y exclamáis: ¡Oh, qué dulce y cándida y candorosa población de pescadores! Entráis y os halláis en casa de hidalgos; respiráis el aire de la Inquisición; veis levantarse al otro extremo de la calle el lívido espectro de Felipe II.

¿Con quién estamos cuando nos hallamos en Pasajes? ¿Entre campesinos? ¿Entre señores? ¿Estamos en Suiza ó en Castilla? ¿No os parece un lugar único en el mundo este rincón de España, en donde la historia y la naturaleza se reúnen y construyen cada una un lado de la misma villa; la naturaleza con lo que tiene de más agradable, la historia con lo que tiene de más siniestro?

En Pasajes hay tres iglesias, dos negras y una blanca.

La principal, que es negra, tiene un carácter sorprendente. Al exterior es un bloque de piedras, al interior presenta la desnudez de un sarcófago. Únicamente, sobre aquellas melancólicas paredes, que no adorna ninguna escultura, que no distrae ningún fresco, que no atraviesa ninguna vidriera, veis de pronto relucir y resplandecer un altar, que es por sí solo toda una catedral.

Es una inmensa obra de madera aplicada al muro, cincelada, pintada, tallada, labrada, dorada, con estatuas, más estatuas, columnas salomónicas, follajes, arabescos, volutas, reliquias, rosas, cirios, santos, santas, oropeles y calados. Yérguese desde el pavimento y no se detiene hasta la bóveda. Ninguna transición entre la desnudez del muro y el adorno del altar. Es una magnífica arquitectura dorada y florida que vegeta, no se sabe cómo, en la sombra de aquella cueva de granito, y que, cuando menos se espera, produce en la obscuridad de los rincones malezas de oro y pederías.

Hay cuatro ó cinco altares de esa clase en la iglesia de Pasajes. Este sistema es, por lo demás, propio de todas las iglesias de la provincia; pero en Pasajes es donde produce su más singular contraste.

La primera cosa que me impresionó al entrar en la iglesia, fué una cabeza esculpida en una pared que está frente á la puerta. Dicha cabeza está pintada de negro, con ojos blancos, dientes blancos y labios encarnados, y contempla la iglesia con expresión de estupor. Mientras estaba considerando aquella escultura misteriosa, acertó á pasar *el señor cura*, y se me acercó; yo le pregunté si sabía lo que significaba aquella máscara negra delante el umbral de la iglesia. Él lo ignora, y me dijo que nadie en el país lo sabía.

Al cabo de dos horas, después de haberlo visto todo ó por lo menos ojeado, me embarqué otra vez. Manuela me esperaba, pues era asunto definido; ella había tomado posesión de mí, yo le pertenecía, era cosa suya.

Cuando transponía la borda de la barquilla, alguien me asió del brazo; me volví. Era el digno compañero con el que había cruzado aquella mañana el brazo de mar, y cuyo retrato había olvidado hacer; voy á reparar mi olvido. Sombrero raído de copa alta y de alas estrechas, levita azul muy ajada de las costuras, abrochada con uno de sus dos botones, gruesa cadena de reloj con llave de cornerina, semblante de judío sin dinero que presta su nombre para operaciones dudosas. He aquí ahora nuestro diálogo en la borda de la barca.

Figuráoslo en el castellano más rápido que podáis imaginar:

—¿Qué tal, señor francés?

—¿Qué tal?

—¿Qué le ha parecido?

—¿Qué?

—¿La ha visto usted?

—¿Qué?

—¿La ha medido?

—¿Qué?

—¿No es la más larga de la provincia?

—¿De qué provincia y qué es eso tan largo?

—¡Pardiez!, la cordelería.

—¿Qué cordelería?

—¡La cordelería que acaba usted de ver! ¿De modo, que la cordelería de aquí?...

—¿Hay una cordelería aquí?

—¡Ah! El caballero francés está de buen humor y quiere divertirse, pues sabe perfectamente que hay una cordelería, puesto que ha hecho doscientas leguas expresamente para verla.

—¿Yo? No es cierto.

—¿No es verdad que es bonita? ¿Tirada á cordel? ¿Larga? ¿Magnífica? ¿Recta como una l?

—No lo sé.

—¡Ah, caramba!, repuso el hombre mirándome fijamente, con seriedad. ¿De modo, caballero, que no la ha visto usted?

—¿Qué?

—La cordelería.

—Sepa usted, caballero, repliqué con majestad, que odio particularmente las cosas largas, magníficas y tiradas á cordel, y que andaría doscientas leguas por no ver una cordelería.

Dije estas memorables palabras de un modo tan solemne y con tan profundo acento que mi hombre retrocedió. Miróme con ademán confuso; y mientras la barca se alejaba de la orilla, oí que decía á las bateras que estaban en la escalera, designándome con un encogimiento de hombros: *Un loco*.

De regreso á San Sebastián, anuncié en la posada que al día siguiente iría á instalarme en Pasajes.

La cosa causó general espanto.

—¿Qué va usted á hacer allí, caballero? Si es un rincón. Un desierto. Un país de salvajes. ¡No encontrará siquiera posada!

—Me alojaré en la primera casa que vea. Siempre se encuentra una casa, un cuarto, una cama.

—Pero si no hay techo en las casas, puertas en los cuartos, colchones en las camas.

—No deja de ser curioso.

—¿Y qué comerá usted?

—Lo que haya.

—No habrá más que pan mohoso, sidra agria, aceite rancio y vino de pellejo.

—Probaré estas cosas.

—¿Está usted, pues, decidido?

—Decidido.

—Hace usted lo que nadie se atrevería á hacer aquí.

—¿De veras? Esto me tienta.

¡Ir á dormir á Pasajes, jamás se había visto!

Y casi se persignaban.

Nada quise oír, y al día siguiente, á la hora de la marea, partí para Pasajes.

¿Queréis saber ahora el resultado? Oid á donde me condujo mi imprudencia.

Empiezo por deciros lo que tengo ante mis ojos mientras os estoy escribiendo.

Estoy en un largo balcón que da al mar. Estoy apoyado de codos en una mesa cuadrada cubierta con un tapete verde. Tengo á mi derecha una puerta vidriera que se abre en mi cuarto, pues tengo cuarto, y este cuarto tiene una puerta. A mi izquierda tengo la bahía. Debajo mi balcón están amarrados dos navíos, uno de ellos viejo, en el que trabaja un marinero bayonés que canta desde la mañana hasta la

noche. Delante de mí, á distancia de dos cables, otro navío completamente nuevo y muy bonito que va á partir para las Indias. Más allá de ese navío, la vieja torre desmantelada, el grupo de casas que denominan *el otro Pasaje*, y la triple cumbre de una montaña. Al rededor de la bahía, un ancho semicírculo de colinas, cuyas ondulaciones van á perderse en el horizonte y que dominan las descarnadas cumbres del monte Arún.

Alegren la bahía los barquichuelos de las bateras que van y vienen sin cesar, y se llaman de un extremo á otro del golfo con gritos que parecen el canto del gallo. Hace un tiempo magnífico y el más hermoso sol del mundo. Oigo mi marinero que canturrea, niños que ríen, las bateleras que se llaman, las lavanderas que golpean la ropa sobre las piedras según el sistema del país, las carretas de bueyes que chirrían en las cuencas, las cabras que balan en la montaña, los martillos que resuenan en el astillero, los cables que se arrollan en los cabrestantes, el viento que sopla, el mar que sube. Todo ese ruido es una música, pues lo llena la alegría.

Si me asomo al balcón, veo á mis pies una estrecha terraza en donde crece la hierba, una negra escalera que baja al mar y cuyos peldaños va escalando la marea, una áncora vieja hundida en el limo, y un grupo de pescadores, hombres y mujeres, con agua hasta las rodillas, que sacan las redes del mar cantando.

En fin, si queréis que os lo diga todo, allí, bajo mis ojos, en la terraza y la escalera, verdaderas constelaciones de cangrejos ejecutan con solemne lentitud todas las misteriosas danzas que soñaba Platón.

El cielo tiene todas las gradaciones del azul, desde la turquesa al záfiro, y la bahía todas las gradaciones del verde, desde la esmeralda al crisoprario.

Ninguna gracia falta á esta bahía; cuando miro el horizonte que la cierra, es un lago; cuando miro la marea que sube, es el mar.

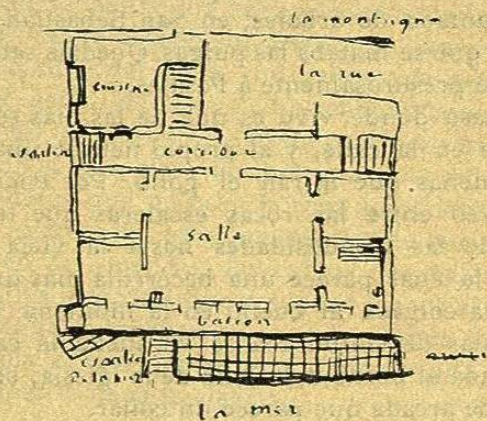
¿Qué os parece? Y á propósito,—ahora pienso en ello y vos me lo recordáis en vuestra carta,—desde hace tres semanas que viajo, he sido infiel á mi manía de enviaros el paisaje que veo desde mi ventana. Voy á reparar inmediatamente el olvido. En Burdeos, la ventana daba á una pared; en Bayona, á una calle plantada de árboles; en San Sebastián, á una anciana que se mataba las pulgas. Quedáis satisfecho. Y vuelvo presurosamente á Pasajes.

La casa donde vivo es una de las más solemnes que dan en la calle, y al propio tiempo una de las más risueñas que miran el golfo. Por encima del techo, veo entre las rocas escaleras que trepan á través de las frondosidades hasta la vieja iglesia blanca, la cual parece una becerrilla más que agite la esquila colgada al cuello en la montaña. Pues en las iglesias de Guipúzcoa se ve suelta la campana suspendida al borde del techo de la iglesia, bajo una especie de arcada que parece un collar.

La casa en que estoy tiene dos pisos y dos entradas. Es curiosa y rara entre todas, y ostenta en su más alto grado este carácter tan original de las casas de Pasajes. Es lo monumental remendado con lo rústico. Es una cabaña unida y soldada á un palacio.

El primer ingreso es un portal con columnas del tiempo de Felipe II, esculpido por los deliciosos artistas del renacimiento, mutilado por el tiempo y por los muchachos que juegan, roído por las lluvias, la luna y el aire del mar. Ya sabéis que el gres flojo se destruye fácilmente. El portal es de un hermoso color de gamuza. El escudo existe aún, pero los años han borrado el blasón.

Empujáis la puertecita á la derecha del portal, y encontraréis una escalera de vigas y tablones, vigas y tablones negros como el carbón, groseramente tallados y apenas escuadrados. En lo alto de la escalera, cuyos seculares peldaños presentan anchas brechas, una pesada puerta de fortaleza, en el centro de la cual se abre un estrecho ventanillo enrejado, re-



china sobre sus goznes de hierro macizo y os introduce en el piso.

La antesala es un corredor enjabelgado y tapizado con enormes telarañas, pues no quiero ocultaros nada, alumbrado por una ventana que da á la calle. Frente á esa ventana, la aspereza del monte yergue hasta perderse de vista un gigantesco muro.

El corredor, que conduce á la escalera del segundo piso, tiene dos puertas; una á la derecha, que da acceso á la cocina, á la que se sube mediante dos escalones de madera maciza; otra á la izquierda, que da paso á una gran sala flanqueada en los cuatro

ángulos por cuatro cuartos pequeños, la cual compone, con esos cuatro gabinetes y la cocina, el primer piso de la casa. Dos de dichos gabinetes son oscuros y no tienen más abertura que la puerta que los comunica con la sala. No obstante, sirven para dormir. Los otros dos cuartos están, como la sala, al ras del balcón, con el que se comunican por medio de vidrieras pintadas de verde y guarnecidas de pequeños vidrios y postigos. Cada cuarto tiene una abertura de estas. La gran sala tiene dos, entre las cuales se abre una ventanita casi cuadrada.

Los interiores son blanqueados con cal, como la fachada sobre el lago; los pavimentos, negros y carcomidos como la escalera, parecen el tablero de un puente de madera; las puertas se parecen á los pavimentos. Una mesa redonda, algunos armarios, algunas sillas de paja constituyen todo el mueblaje de la gran sala. Un blasón, poco heráldico por cierto, está groseramente pintado encima de la puerta de enmedio. No hay chimenea. El clima prescinde de ellas. Las paredes son de piedra y tienen un espesor de castillo.

Yo ocupo el cuarto que da al balcón, en el ángulo izquierdo de la sala. Los demás gabinetes son las celdas de los varios habitantes de la casa, de los cuales os hablaré luego.

El segundo piso es igual al primero. Un dormitorio ocupa el lugar de la cocina. El balcón del segundo piso abriga el balcón del primero y es á su vez protegido por el ancho alero adornado por elegantes vigas recortadas y talladas. Los balcones están embaldosados con ladrillos encarnados y pintados de verde.

Pero parece que todo esto está á punto de derrumbarse. Las paredes están cruzadas por grietas que dejan ver el paisaje; los ladrillos del balcón de